

Teresa

María Navarro

Image not found.

Capítulo 1

La vida cambia cuando uno menos se lo espera. De no haber sido por el incidente en la fábrica, yo hoy sería una persona normal, de esas que compran el periódico todos los días y salen a tomar el aperitivo los domingos. Pero el destino quiso que una compuerta de acero me golpeará la cabeza e hiciera de mí lo que ahora soy.

Tras el accidente, pasé tres meses en el hospital, dos de ellos en coma, recibiendo terapia y escuchando el consejo de los médicos, quienes desde el principio me advirtieron de que el impacto había dañado una parte de mi cerebro y que probablemente eso afectaría a mi comportamiento social y sexual. Y tenían razón.

La vuelta al trabajo se tornó complicada: no lograba centrarme en mis tareas, estaba distraído e interpretaba cualquier comentario de mis compañeros como un ataque personal, hasta el punto de llegar a las manos con dos de ellos. Eso me costó mi empleo.

En poco menos de seis meses había pasado de ser una persona normal y solvente a ser un enfermo mental en paro que no tenía dinero para comer ni para pagar el alquiler. Así que me vi obligado a robar para sobrevivir. Comencé llevándome barras de pan y embutidos, cartones de vino y alimentos que pudiera esconder dentro de mi abrigo. Era tan asiduo al arte de sisar que me acabaron deteniendo.

La policía me metió en los calabozos un par de días con la intención de que escarmentara, pero, a decir verdad, ese encierro fue lo que terminó de llevarme por el mal camino.

En esas celdas para ladrones con delitos menores conocí a Kabá, un hombre de Senegal que decía ser un maestro en vudú y en magia negra que me enseñó una serie de trucos que me harían irresistible a ojos de las mujeres. Antes de lograr la libertad, probé esos conjuros con alguna que otra funcionaria de prisiones y el resultado fue el esperado: todas caían rendidas a mis pies.

Con la certeza de que las técnicas de Kabá funcionaban y ante mi precaria situación económica, tracé mi plan maestro: haría de las mujeres mi seguro de vida, ya que es bien sabido que no hay nada como enamorar a una dama para tener acceso a su dinero.

Lo primero que hice fue abrir diversos perfiles en redes sociales especializadas en contactos de pareja. Juan Ibarra, pediatra. Ignacio Bueno, ingeniero de telecomunicaciones. David Montenegro, profesor universitario. Después bucéé en esas webs y respondí a los anuncios de las mujeres que parecían más desesperadas por encontrar el amor. Me

citaba con ellas, paseábamos, charlábamos, cenábamos. Un día, una semana, un mes, y cuando comían de mi mano, me abrían las puertas de una cuenta corriente que en cuestión de minutos yo desvalijaba y dejaba tan vacía como el corazón de su titular que, por vergüenza, nunca denunciaba el robo.

Con estas mañas, logré juntar el dinero suficiente para alquilar una casa modesta con jardín. Sacar al raso a mis conquistas y hablarles de las estrellas me permitiría acelerar el proceso de enamoramiento. Siempre he pensado que el cielo tiene algo de seductor. Así cayeron Silvia, Carmen e Isabel. Total: 10.000 euros.

Amanda supuso un punto de inflexión en mi carrera. Ella era distinta al resto de las mujeres con las que había trabajado hasta ese momento. Guapa y espabilada, era una persona segura de sí misma y que no se dejaba engatusar fácilmente. Estuve dos meses intentado ganarme su plena confianza, pero nada resultaba con ella, hasta que una noche en casa, aprovechando una de sus visitas al lavabo, metí la mano en su bolso con el objetivo de quedarme con su cartera.

La casualidad hizo que me pillara 'in fraganti'. Perdí los nervios. La golpeé. Me mordió. La estrangulé y no paré de apretar su cuello hasta que dejó de respirar. Miré su cuerpo inerte y me senté por horas a esperar a que llegara la noche para poder enterrarla en mi jardín.

Con sus restos bajo tierra, me fumé un cigarro sintiéndome un hombre nuevo. Arrebatarse aquella vida me había hecho rejuvenecer. Por eso, después de Amanda llegaron otras muchas flores a mi jardín: Leticia, Estefanía, Laura, Pilar... Hasta un total de 23.

Y habrían sido 24 si ese comisario celoso y cornudo no hubiera contratado a uno de sus compañeros en la reserva para seguir los pasos de Teresa, la promiscua de su esposa, hasta mi dormitorio.